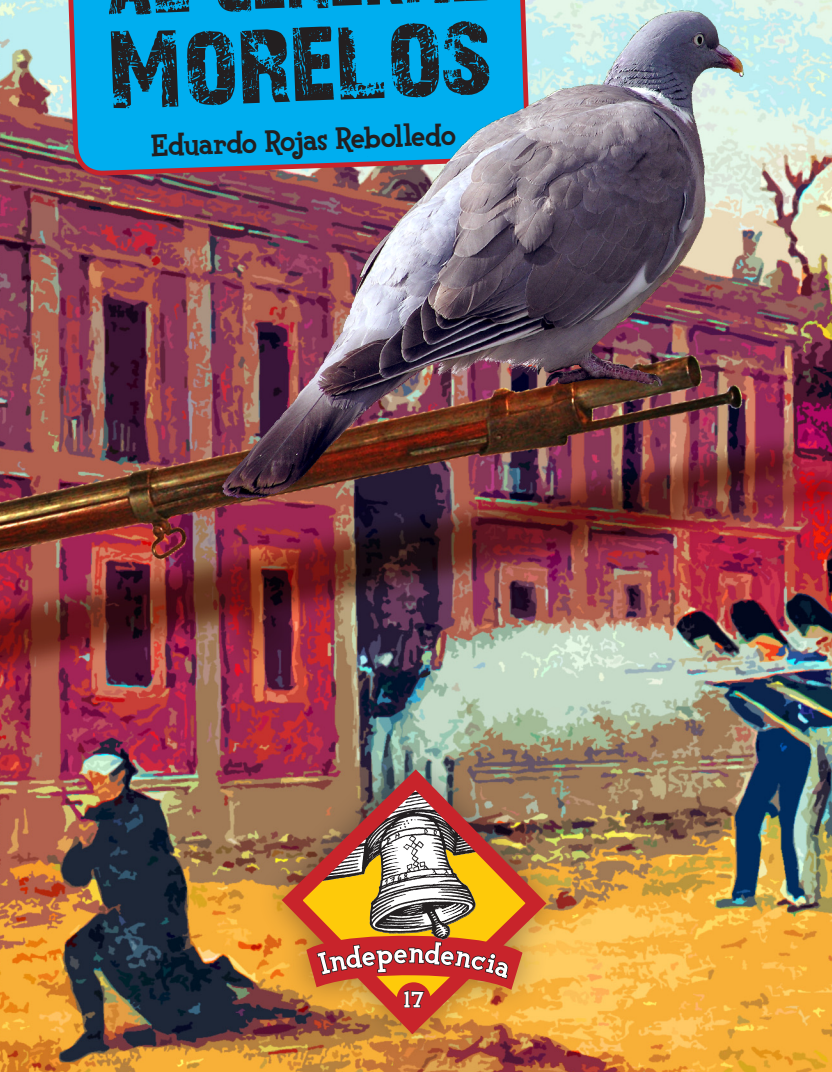


# YO LE DISPARÉ AL GENERAL MORELOS

Eduardo Rojas Rebolledo



# Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



**SEGOB**



**MÉXICO**  
**2010**  
Reconstrucción Independiente - Crecimiento Económico



# YO LE DISPARÉ AL GENERAL MORELOS

Eduardo Rojas Rebolledo

SI TE ORDENAN QUE DISPARES, DISPARAS Y YA...

Te dan la orden y ni se te ocurre decir nada, sabes que en la boca de un soldado no caben las preguntas. Te mandan que dispires y apuntas con buen ojo: lo mejor que puedas. Una orden como ésta no tiene vuelta atrás y tu deber es dar en el blanco. Así que imaginas, para evitar las dudas y el temblequeo, que estás apuntando a un costal de harina y no a un hombre atado de pies y manos. Escuchas la voz de “¡fuego!” y aprietas el gatillo, al mismo tiempo que el resto del pelotón. Disparas y las detonaciones se te clavan en los oídos, como cohetones de feria... Durante unos segundos todo se ralentiza, caminas a paso de tortuga, y puedes ver cómo el perdigón de plomo viaja desde el cañón humeante de tu fusil hasta el cuerpo del condenado —hasta el costal de harina— y lo perfora. Luego lo ves revolcarse en la tierra, igualito a una gallina sin pescuezo.

Por fin se muere y el cura, porque siempre hay por allí un cura de sotana, hace la señal de la cruz. Y tú, junto a los demás del pelotón, te vas antes de que levanten al muerto.

Del muerto no conoces el nombre; no te lo dicen ni quieres saberlo. De lo que se trata es de que se te olvide pronto, de que la escena no se te quede grabada en la cabeza y luego no haya forma de amansar las pesadillas. Bebes unos tragos de aguardiente con la tropa y en unas horas ya ni te acuerdas de que acabas de matar a un cristiano...

Si alguien me preguntara ahora a cuántos hombres he mandado al purgatorio en mis dos años como soldado, juro que no sabría decirle el número exacto, pero seguro pasan de la docena, ¡y eso ya es mucho matar! Pero sean los que hayan sido, ¡y que Dios me perdone!, los he olvidado a todos... bueno, a casi todos, porque hubo un fusilamiento que no he podido borrar de la sesera. Cada que cierro los ojos, una voz me repite muy quedito, como en un eco, el nombre del condenado: José María Morelos y Pavón...

Sí, aunque cueste creérselo, yo le disparé al general y jefe de la insurgencia y le di justito en la nuca... Sin embargo, no creo que nadie tome nota de ello, al fin y

al cabo sólo soy un soldado que cumplía órdenes: un personaje sin apellidos del que ninguna palabra se dirá cuando cuelgue las botas.

La verdad es que me hice soldado realista como pude haberme hecho artillero de la insurgencia, o cura, o ¡panadero!... Ahora que lo pienso, lo que me hubiera gustado ser en esta vida es panadero, ¡un buen panadero! Es una lástima que en tiempos de guerra lo que menos se necesite sean panaderos con vocación y talento. Qué se le va a hacer, las cosas te tocan como te tocan y son muy pocos los que tienen la oportunidad de escoger. La mayoría nos conformamos con lo que se nos pone delante, como una limosna; o como el plato de mole en una boda: no te preguntan si quieres pechuga, te sirven lo que caiga y si te toca un alita pellejuda, te la comes sin protestar.

Me hice soldado al servicio de “su majestad” sin siquiera conocer cómo era “su majestad”; tampoco sabía por qué se hablaba tanto del tal Fernando VII ni qué les había pasado a los seis Fernandos anteriores; desconocía por completo dónde se hallaba España y menos la mentada Corona, y de las palabras abdicación, emancipación, restauración y constitución, aún hoy soy incapaz de imaginar siquiera el significado. Tenía yo dieci-

siete años, recién cumplidos, cuando seguí los pasos de mi hermano mayor. Mi padre había muerto y el dinero hacía falta en la casa para criar a cinco hermanos más. El abuelo de mi madre nació criollo, pero la línea peninsular se perdió en el momento en que echó descendencia con una mestiza, así que de la herencia de mi bisabuelo sólo me ha quedado el verde de los ojos. Sabía que al ser yo un mestizo de tercera generación difícilmente pasaría de soldado y no regresaría a casa cargado de medallas; sin embargo, la paga se prometía buena y se rumoraba que la guerra terminaría pronto, porque, según se decía, el ejército insurgente no era más que un puñado de hambrientos y descastados. Nada sucedió como esperaba.

De todos los fusilamientos en los que he participado, el del general Morelos es el único que no se me olvida; creo que eso ya lo dije, pero no importa. Tengo bien presente el día y la hora, más presentes incluso que el cumpleaños de mi padre: viernes 22 de diciembre a las cuatro de la tarde, del año pasado —¡claro!— que fue el de 1815 según los calendarios. Recuerdo que ese día nos despertaron antes de que cantara el gallo y nos metieron prisa para salir de inmediato hacia San Cristóbal Ecatepec, a una legua y media de la Ciudad de México,

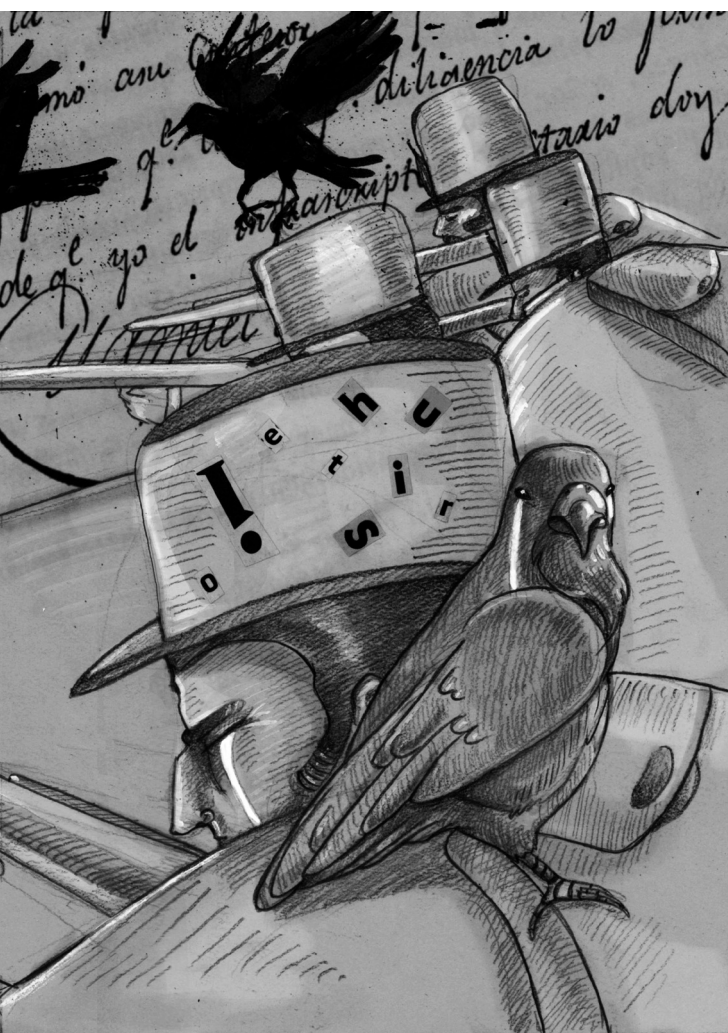
por el camino al norte, el que pasa frente a la basílica de Guadalupe. No nos dieron ningún detalle, únicamente nos dijeron que había que custodiar a un prisionero y que las órdenes venían de bien arriba, nada menos que del virrey don Félix María Calleja.

La columna salió de La Ciudadela todavía a oscuras, con el coronel De la Concha al frente. Los dimes y diretes iban de aquí para allá, como en un día de mercado: se hablaba de que el prisionero sería fusilado ese mismo día; que no se quería hacer mucho ruido por temor a un alboroto popular; que se trataba nada más y nada menos que del cabecilla de la insurgencia: “es el cura Morelos, ahora sí que a esta guerra ya le queda poquito”, se cuchicheaba entre filas.

Durante el viaje, además de frío, se sentía una extraña calma para una ciudad atolondrada y en ebullición como ésta, de esas calmas que de tan quietas te producen un cosquilleo nervioso en la barriga. Yo no me sentía muy bien, apenas había dormido por culpa de un angustioso sueño. Había soñado con pájaros: muchos y de todas clases. No sé qué significaría aquel sueño, pero algo parecía anunciarme: o bien que el condenado que nos íbamos a cargar tenía buena estrella, o bien que desde el cielo me advertían de mi futura mala obra, por-







que al pasar frente al santuario de nuestra señora Guadalupe se nos cruzó —como si quisiera impedirnos el paso— una bandada de gorriones. Pero los augurios no terminaron allí: antes de que el prisionero se apeara del coche donde iba, siete cuervos, negros como la obsidiana, se echaron encima de los caballos. Los asustaron tanto que si el cochero no hubiera sido fuerte y experimentado, se habrían desbocado con el coche a cuestas. Y para terminar, lo que me dejó frío y casi me hace fallar mi disparo, fue que una paloma parda se posó sobre el cañón de mi fusil en el momento justo en que el coronel dio la voz de “apunten”. Juro que fue así, ¿qué necesidad tengo de mentir a estas alturas?

Se hubieran necesitado muchos pájaros más para librar al general Morelos de la muerte, y creo que él ya lo sabía. Digo que él ya sabía que terminarían matándolo, y que aquellas coincidencias —o guiños de los cielos— únicamente sirvieron para alargarle sus últimas horas. Morelos sabía que lo matarían desde que lo apresaron, el 5 de noviembre, en Temalac; incluso él había decidido sacrificarse en favor de la continuidad del movimiento. Sabía de su muerte en el momento en que le pusieron los grilletes y lo trasladaron, entre ofensas de

la soldadesca, a la Ciudad de México. Sabía que no festejaría la Navidad cuando el virrey Calleja ordenó su encierro en los calabozos del palacio de la Inquisición. Sabía, incluso, que antes de matarlo sus enemigos buscarían mil y una formas de humillarlo; aun así, aceptó su destino con tranquilidad.

El día de su fusilamiento, cuando lo preparaban para su ejecución, vi a un hombre sobradamente sereno. No se le veía lloroso ni asustado; tampoco lo vi mojar los pantalones al escuchar el redoble de los tambores, como vi hacerlo a la mayoría en circunstancias semejantes. Por el contrario, hasta fue capaz de dirigirse a uno de sus verdugos con estas palabras: “Deme usted un abrazo, señor De la Concha, y será el último”.

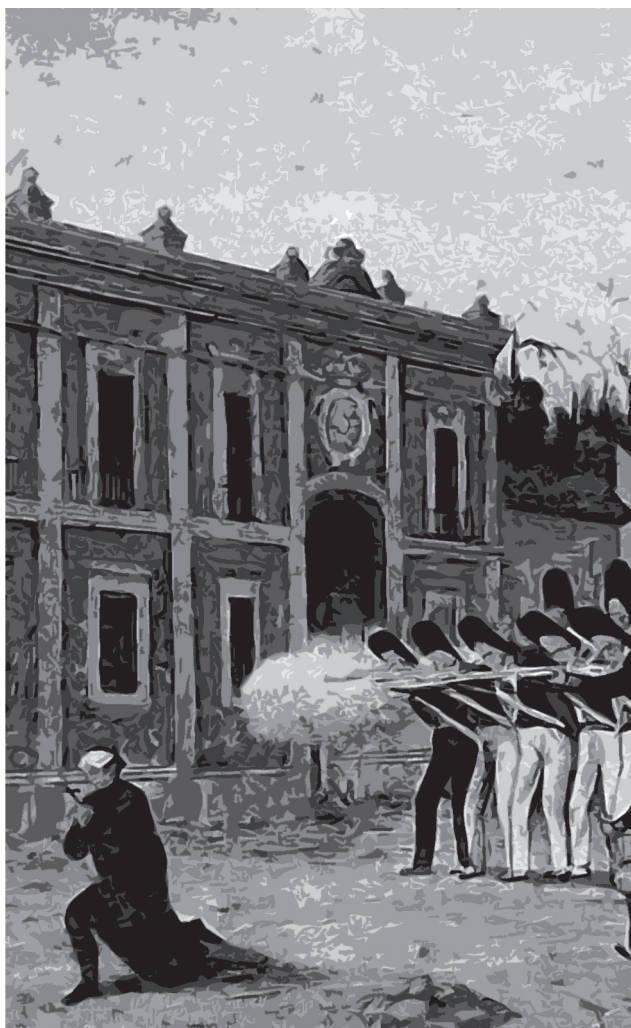
Se cuenta que con esa misma tranquilidad y entereza disfrazó su cara ante las humillaciones de sus enemigos, porque efectivamente se ensañaron con él, como sucede cuando se está en medio de una guerra.

El tribunal de la Inquisición lo juzgó hereje, perturbador, hipócrita; lo culpó de tener tres hijos ilegítimos, de traicionar a Dios, al papa y al rey, y de un sinfín de cosas que me ha sido imposible retener. Lo condenaron a una reclusión en África y a rezar todos los viernes del año los salmos y el rosario. Sin embargo, la humillación

no terminó con la lectura de la condena; ya se sabe: “al gato bien comido le gusta jugar con el ratón, cansarlo, agobiarlo, antes de clavarle los dientes en el cogote”. Lo tuvieron que exponer a una degradación pública, esto es, despojarlo de los hábitos sacerdotales que había tomado hacía justo dieciocho años. Lo obligaron a vestirse con una sotana amarilla que le quedaba verdaderamente pequeña y, sujetando una vela verde, lo hicieron cruzar la capilla del tribunal —llena de curiosos— de un extremo a otro, hasta el sitio donde se encontraba el obispo. Lo obligaron a ponerse de rodillas para escuchar su degradación en latín. Y luego, como si les pareciera poco, un verdugo le azotó las manos con una vara. Dicen que Morelos ni se inmutó.

Pero a las autoridades laicas, dígase el virrey Calleja, lo del destierro a África no les pareció un castigo ejemplar, lo suficientemente duro como para meterles miedo a los revoltosos, así que se ordenó su traslado a los calabozos de La Ciudadela. Allí, el tribunal del gobierno lo sentenció a la pena capital...

Claro que yo desconocía todo esto cuando me ordenaron disparar, y si lo hubiera sabido, igual hubiera disparado: soy un soldado, ya lo dije desde el principio.



El 22 de diciembre, que fue el día de su fusilamiento, le sirvieron al general Morelos una buena comida antes de sacarlo al patio del edificio del pueblo y prepararlo para su muerte. Caminaba con dificultad debido a los grilletos que llevaba en los tobillos desde que lo sacaron de La Ciudadela. Mientras sonaba el redoble de los tambores el jefe de la escolta se acercó a vendarle los ojos, como indicaba el protocolo. El condenado se negó: “No hay aquí objetos que me distraigan”, dijo. El jefe insistió, con buenas maneras, así que el general Morelos sacó de su turca un pañuelo y él mismo se vendó los ojos.

Los tambores seguían allí, con su redoble, cuando le ataron los brazos con los portafusiles. Luego lo pusieron de rodillas con la cara mirando hacia la tapia... para dispararle en la espalda.

Los tambores callaron.

Y siguió la voz de “¡carguen!...”

”¡Apunten!...”

Y es aquí donde la paloma parda se posó sobre el cañón de mi fusil... Sólo se posó durante unos segundos. Los suficientes para que mi cabeza pensara en mil cosas, para que sintiera, por única vez en mis dos años como soldado, que iba a matar a un hombre, a un buen hombre...

“¡Fuego!”

Y vi el lento viaje del perdigón de plomo salir de mi fusil humeante y hacer blanco en la nuca... en la nuca de don José María Morelos y Pavón...

Te dicen que el mundo da muchas vueltas y crees que son tonterías de abuelos. Lo crees así hasta que una de esas vueltas te deja justo en el lado contrario.

No entiendes cómo, pero ahora eres tú el costal de harina, atado de pies y manos, sin nombre, porque a esos que están a punto de matarte no les interesa saberlo.

Te vendan los ojos y te haces un poco a la idea de lo que será estar bajo tierra: la oscuridad.

Oyes ahora la orden de “apunten” y te das cuenta de que se te han mojado los pantalones. Y oyes las risas de la soldadesca, aunque no quieras...

“¡Fuego!”, e imaginas que te hubiera gustado ser panadero, que con diecinueve años todavía hubieras podido ser un buen panadero... Pero te faltó tiempo, un poquito más de tiempo...









Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,  
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin  
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin, Tania Juárez y Carlos Vélez,  
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y  
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios  
Históricos de las Revoluciones de México  
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

# Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO  
2010

